

—Han de saber Vds., que yo era entonces el jefe de unos cuantos valientes, muchachos todos de grandes esperanzas, que se pusieron bajo mis órdenes, con el objeto de castigar á los malditos frailes que tuvieron la humorada de envenenar las fuentes de Madrid.

Los hijos de Marciana, jóvenes trabajadores é ilustrados, se sonrieron al oírle decir las grandes esperanzas de sus compañeros, que fueron como él á presidio, deplorando el error en que aun continuaba sobre el origen del cólera; sin embargo, callaron, dejándole explicar las cosas á su modo.

—Es preciso que abrevie V. el relato todo lo posible, y vamos al fondo de la cuestion, porque es muy tarde.

—En dos palabras está dicho.

—Ya escuchamos, repuso el negro con impaciencia.

—Pues como iba diciendo, los frailes pagaron cara su perfidia, porque no quedaron muchos para contarlos; pero de los pocos que escaparon, fué uno D. Severo. Por la noche, cansado de aquella carnicería, me retiraba á mi casa; yo vivia entonces en la calle de Leganitos, número 90, buhardilla, y en el principal de la misma casa habitaba.....

—¿Don Juan Alvarez Leal?... le interrumpió Diminuto.

—Él mismo con toda su familia, que por cierto murieron del cólera, dijo Tragabombas. ¿De qué lo sabes?

—Adelante; eso no es del caso, repuso el negro.

Rompelanzas continuó:

—Cuando subí la escalera, ví la puerta del cuarto principal abierta; en medio de la sala habia dos ó tres cadáveres, y D. Severo con una luz en la mano daba vueltas por toda la casa. Iba disfrazado: eso le valió; que si le veo con sotana, ¡por San Badu-laque! allí muere y se hubiera reunido con los otros.

—¿Y no habia ningun criado en la casa?

—Creo que todos habian muerto; allí no quedó nadie; yo, que ví aquel espectáculo, y deseoso de ser útil á un vecino, entré creyendo á D. Severo el amo de la casa.

—Si su merced me necesita, le dije, soy el vecino de arriba;

mi muger es la prima de la nodriza de la niña, y aunque nunca he tratado á Vds., como veo que la muerte se ha entrado de rondon por esta casa, vengo á ofrecerles mis servicios.

Don Severo me miró con asombro. Luego me preguntó:

—¿De qué niña habla V. y de qué nodriza?

—¡Toma! de la niña que el señor D. Juan tiene criando en Vallecas; ¿dónde está el amo?

—Allí, me contestó señalándome á uno de los cadáveres.

—¿Y la señora?

—Allí, junto á su marido.

—¿Y la demás familia?

—Todos han muerto.

—¿Y los niños pequeños?

—Se los llevó de aquí el ama de cria, y han muerto tambien, segun me anuncian en esta carta que hay sobre la mesa; pero yo no sabía que tuviesen otra niña.

—Pues, sí señor; la tiene en Vallecas la prima de mi muger, le dije, empezando á mirarle con recelo.

—Entonces me alegro que haya V. venido; me hará el favor de ir á traerla, puesto que es la única que ha quedado de la familia.

—¿Y V. quién es? le pregunté.

—Soy el tutor testamentario y encargado por el difunto, de la casa y de los niños, que aun vivian al morir él.

—¿Y nada le dijo á V. de la niña?

—Nada; cuando yo he venido, estaba espirando y apenas tuvo tiempo para firmar el testamento que le presenté.

Conociendo yo que de allí se podia sacar mucho partido, me quedé con él toda la noche; echamos los cadáveres al carro, que pasó por allí al amanecer, y despues nos ocupamos en hacer dinero de todo cuanto habia en la casa.

Llegamos á entendernos perfectamente; tanto, que al siguiente dia por la tarde fuí á Vallecas, le quité la niña á la prima de mi muger, y me la llevé á otro pueblo, donde ha permanecido ignorada de todo el mundo y pasando por hija mia, hasta hace poco tiempo que se la trajo D. Severo.

—¿Es esto lo que Vds. querían saber?

—Sí, señor, le dijo el negro; deseábamos asegurarnos de si efectivamente Renata era hija de D. Juan Alvarez Leal.

—Hija legítima, y única heredera de todos sus bienes que hoy disfruta D. Severo.

—¿Y cómo se llama el pueblo en que se ha criado la niña? dijo el negro.

Viendo que vacilaba en contestar, se apresuró á decir Federico:

—Eso nos lo dirá la misma Renata; ¿quién mejor?

—Tampoco yo tengo inconveniente en decirlo, replicó Tragabombas; puesto á declarar, todo ó nada.

—Y bien, haga V. lo que le plazca; no es un dato indispensable, le contestó el negro.

—Entonces me callo, y buenas noches; porque supongo se habrá terminado la sesión, ¿ó hay mas que preguntar?

—No, señor: hemos concluido por esta noche, le dijeron levantándose uno tras otro.

—Corriente; salud, y hasta mas ver; cuando me necesiten, me encontrarán aquí á la misma hora.

El negro y los dos ebanistas se quedaron hablando entre sí; Tragabombas aprovechó aquel momento para decir á Diminuto en voz baja:

—¿Qué te ha dicho la marquesa, Cristobalillo?

—Que no tiene inconveniente en ver á V.

—¿Y cuándo?

—Desea que vaya V. mañana por la noche.

—¡Quiá! se engaña; pudieran tenderme un lazo como me le habeis tendido aquí entre todos, eso no; que venga ella si quiere verme.

—No aceptará, dijo Diminuto.

—Que haga lo que guste; tampoco tendrá las noticias que desea, replicó Tragabombas encogiéndose de hombros.

Diminuto exclamó:

—¿Y cómo quiere V. que mi señora venga aquí?

—Yo vivo en el cuarto principal; que suba, allí estoy en mi casa; nada temo, y ella tampoco, porque nadie la verá.

—Bien, se lo haré presente, dijo Diminuto reuniéndose con sus compañeros, que ya estaban en el portal.

La puerta de la taberna se cerró tras ellos.

Era la una de la madrugada.

No obstante lo avanzado de la hora, todavía no quedó en silencio la casa funesta, si bien en el piso bajo y en el principal había concluido la broma, en el segundo continuaba con animación creciente.

Subamos, lectores míos, á dirigir una sola ojeada sobre los concurrentes de aquella tertulia.

En una pieza cuadrada, ancha, con balcones á la calle, estaban reunidas catorce ó diez y seis personas, siendo todas jóvenes, alegres y vivarachas.

Clodomiro y su rubio amigo D. Temistocles figuraban en primera línea, como íntimos amigos de la señora de la casa, que era una viuda de un alto empleado, muy divertida, aficionada á las reuniones, á los bailes, y deseando siempre brillar como una jovencita al lado de su hija, sin acordarse que había visto desaparecer las nieves de cincuenta inviernos.

Doña Irene, así se llamaba la viuda, recibía en su casa, todas las noches, á una porción de jóvenes de la alta sociedad, muchachos todos de distinción y de buenas familias, á los que procuraba seducir, haciendo casamientos con señoritas de la clase media, lo cual la valía algunas cantidades, ejerciendo esta industria con mucha sagacidad y grandes ventajas para su bolsillo.

En la noche á que me refiero, estaban, además de los dos jóvenes que ya conocemos y de otros varios, Cristina, la hija mayor de la marquesa de Blancarosa, presentada por su hermano en casa de la viuda.

Una señorita tocaba el piano, los demás bailaban un rigodon, siendo las parejas de frente Clodomiro y Atilana, la hija de la viuda, y Cristina con el rubio y pálido Temistocles.

Escuchemos lo que en el intervalo de una figura se decían estos cuatro personajes:

—Está V. encantadora, Atilana; cada día crecen su gracia y su hermosura, decía Clodomiro á su pareja, que efectivamente era una chica muy linda, pero desenvuelta y coqueta, si bien sabía fingir con perfeccion un candor que no tenia.

—¡Es favor!... ¡Usted siempre tan lisonjero!... contestó ruborizándose y bajando los ojos con una espresion de indecible candidez y de modestia.

—Digo lo que siento; no me gusta lisonjear á nadie.

—¿De veras le parezco á V. bella? exclamó atreviéndose á levantar los ojos para fijarlos en Clodomiro con una dulzura estremada.

—¡Hechicera! es V. un ángel.

En aquel momento pasó la viuda por su lado, y tirándola del vestido, la preguntó por lo bajo:

—¿Qué te dice? ¿se declara?...

—Me dice que soy bella, contestó la niña en el mismo tono.

—No seas sosa; á ver si te das buena maña y le flechas; mira que es el primogénito de un título, y serás marquesa.

—¡Ya lo sé! Váyase V., que nos mira, exclamó dándola con el codo para que se retirase y volviéndose llena de coquetería hácia el marquesito, que la miraba sonriendo.

Enfrente de ellos tambien Temistocles galanteaba á Cristina; pero aquellas relaciones estaban mas adelantadas, ya habian condenado por importuno el enojoso *usted*, sustituyéndole con un *tú* cariñoso y dulce.

—¡Oh! ¡cuán feliz soy, Cristina mia, en haber conseguido que vengas á esta reunion, donde podemos hablarnos con mas intimidad, libres de la fastidiosa etiqueta que reina en las casas de gran tono!

—Por complacerte he venido; no porque me guste; ¿qué quieres? soy aristócrata por nacimiento y por conviccion.

—Yo por nacimiento tambien lo soy, ya lo sabes; acaso no tarde mucho en sentenciarse el pleito, que segun todas las probabilidades, será á mi favor, haciéndome dueño de un ducado y de in-

mensas riquezas; mas esto no quita para que me gusten los contrastes; en la variedad está el mérito.

—Tienes razon; pero yo te confieso francamente lo antipática que me es esta casa; quizá consista en esa ridícula vieja cargada de adornos y perifollos que la asemejan á la estatua de la ridiculez.

Efectivamente, amigos lectores, en eso tenia razon Cristina.

La vieja y estravagante doña Irene, sobre llevar dientes y cabellos postizos, se teñia las canas, embadurnándose las cejas con una pomada negra que en igual de parecer bien, la ponian horrible, porque causaban repugnancia aquellos dos asquerosos parches encima de los ojos.

Ignoraba la pobre muger, que al despojar á la ancianidad de sus venerables canas, es quitarle su mejor, su mas precioso atributo.

Una cabellera blanca inspira respeto, amor y veneracion; sin que pueda jamás ser objeto de crítica.

Una vieja que se tiñe las canas, sin dejar por eso de ser vieja, se convierte en un estravagante adefesio, ente miserable y pobre de espíritu á quien no se pueden rendir las ovaciones que á una jóven, porque el sello de la edad no le borran los cosméticos, ni las consideraciones y el respeto que se deben á la ancianidad, porque con ridícula presuncion la ha despojado de su mas precioso ornamento: las canas. Hé aquí por la cual esas mugeres ni son hermosas jóvenes, ni graves ancianas, convirtiéndose por el solo uso de una pomada negra, en criaturas ridículas y miserables; y mucho mas si añaden, como doña Irene, los lazos, las cintas y los perifollos propios de la juventud, entonces, además del ridículo, echan sobre su frente el desprecio y la satírica burla de las gentes.

Ahora que el lector conoce la casa donde dejamos á Clodomiro y Cristina, nos permitirán trasladarnos á la quinta de la Retama, donde habita nuestra simpática Guillermina.

## CAPÍTULO VII.

### Catástrofe.



**S**ERIAN las nueve de la mañana; una brisa suave y grata embalsamaba las estancias de la quinta de la Retama, recogiendo con su benéfico hálito la deliciosa fragancia de las flores del jardín.

En una salita del piso bajo, linda y elegante habitación que servía á Guillermina de estudio, se hallaba ésta sentada delante de un bufete y poniendo en orden multitud de papeles y libros que iba colocando en un estante.

Vestia la jóven un lindo traje claro de mucha amplitud y que dejaba descubiertos sus torneados brazos y su gallardo y blanco cuello.

Su hermosa cabellera, cuidadosamente rizada, aparecía en bucles alrededor de su cabeza, formando á su agraciado rostro un lindo marco.

Nunca se habia esmerado tanto en su tocado y nunca, sin embargo, se habian visto tan marcadas en su rostro las señales de la inquietud angustiosa que la devoraba.

Estaba pálida, y en el cerco morado que rodeaba sus ojos, se conocía el insomnio de una noche pasada en vela.

Efectivamente, aquella noche no había dormido.

¿Cuál era la causa? Ya la comprenderemos en su diálogo con Zoa, que entró en aquel momento.

La graciosa niña, abrazando á su tía, la besó en la frente, diciéndola con encantadora coquetería:

—¡Oh! ¡qué hechicera está V., tiita querida! ¡ese peinado es admirablemente bello!....

—¿Te gusta?....

—Mucho; y en V. mas que en otra.

—¡Lisonjera!

—No á fé: digo lo que siento; pero á todo esto me estoy mirando á V. trabajar sin ayudarla.

—Ya está concluido; quise poner en orden mis papeles, y me vine aquí temprano.

—Perdiendo por ese cuidado el paseo de hoy por la huerta.

—¿Has estado tú?

—Sí, señora, con Senen y el conde.

Guillermina se estremeció.

—¿Con el conde?.... ¿Y cómo no ha subido á saludarme?

—Acaso por el temor de molestar á V.

—Tampoco anoche nos hizo su acostumbrada visita, y sin embargo por la mañana le viste tú tambien en la huerta y te ofreció que vendría.

—Es verdad; yo le he preguntado la causa de privarnos de su compañía.

—¿Y qué te ha contestado?

—Que estuvo algo indispuerto.

La de Mendoza suspiró profundamente.

La ausencia del conde era lo que la ponía de mal humor, haciéndola pasar las noches en vela.

Aquel dia se vistió con mas esmero, con la esperanza de verle; pero Zoa se la hizo perder, indicándola que ya el conde se había marchado.

Una nube sombría cruzó por su frente.

Ella, que apenas salida de la adolescencia, sufrió tan terribles desgracias; que por espacio de quince años se vió sola, abandonada de su marido y con la gravísima carga de llevar sobre sus débiles hombros todo el peso de la casa, y además la educacion de tres hijos, y que en medio de tanta contrariedad, siempre se encontró fuerte y animosa para luchar con su desgracia, al sentir en su pecho aquel amor profundo, conoció que perdía su valor, y oprimiéndose el corazón con las manos, dejó que dos lágrimas corriesen á lo largo de sus mejillas.

Abismada en su pensamiento, se olvidó de todo, hasta de la presencia de Zoa, y murmuró en voz apenas perceptible:

—¡Oh! ¡qué cruel es amar sin esperanza!....

Zoa la miró sorprendida y exclamó:

—Estaba V. alegre; de pronto la aflige no sé qué pensamiento, y caen las lágrimas de sus ojos.... ¡Válgame Dios, tia querida, cuán triste es no tener el poder suficiente para calmar todos sus dolores!....

A estas sentidas palabras de la inocente niña, Guillermina, dejándose caer en un sofá, rompió en sollozos. Zoa, sin motivo, de verla solamente, lloró también.

En aquel momento se sintió el ruido de muchas personas que se acercaban de prisa, el murmullo de voces y de lamentaciones. —

Se abrió la puerta de la estancia, y sin dar lugar siquiera á que Guillermina enjugase sus lágrimas, se presentó el conde pálido, abatido y llevando en sus brazos á una hermosa jóven casi moribunda, que depositó con cuidado en el mismo sofá donde se hallaba la de Mendoza.

—¡Oh! ¿qué sucede?... exclamó ésta levantándose sobresaltada.

—¡Una desgracia! ¡socorramos á esta infeliz!.... dijo el conde.

Luego, fijando la vista en Guillermina, no pudo, al ver sus lágrimas, reprimir un movimiento de conmocion que le hizo exclamar:

—¡Oh! ¡Dios mio! ¡qué tiene V.!....

Sin mirarle siquiera, ni hacer caso de su exclamacion, Guillermina se puso á examinar á Renata, pues ella era la enferma, y mandando inmediatamente á un criado que fuese á buscar un médico, preguntó despues:

—¿Pero quién es esta señorita?... ¿qué le ha ocurrido?

Detrás del conde habian entrado Senen y varios criados de la casa: todos querian explicar la desgracia á su modo; mas el conde, imponiéndoles silencio, se volvió hácia Guillermina y la dijo:

—Hace un momento salí de los jardines de esta quinta con direccion á mi casa; al atravesar el camino real, ví venir un caballo desbocado que, como una exhalacion, iba derecho al rio, donde se hubiera precipitado indudablemente si yo no me interpongo con tanta oportunidad. Esta señorita le montaba; sus gritos y su palidez me hicieron conocer que la faltaba el valor, y sin detenerme á pensarlo siquiera, guiado solo por un impulso de compasion, me situé en la línea que debia recorrer; llegó, descargué sobre la cabeza del animal un bastonazo terrible, y asiéndome á su cuello, conseguí sujetarle, quedándome colgado. Empero, como si hubiera estado acometido de un raptó de locura, empezó á botes, arrojándonos á gran distancia á esta señorita y á mí.

El conde calló, enjugándose las gruesas gotas de sudor que corrían por su frente.

—¿Y se ha lastimado V.?... le preguntó Zoa con interés.

Guillermina, que tenia la misma pregunta en los labios, se calló al escuchar á Zoa, aumentándose su recelo y su mal humor cuando el conde, mirando á la niña con reconocimiento, la dijo:

—Ni lo sé, hija mia; he recibido un golpe cruel; pero en aquel momento era superior en mí el grito de la compasion, que el de mis propios dolores, y sin pensar en mi caida, me levanté con presteza y fuí á socorrer á esta criatura, que al pronto creí que eras tú, y hubiera continuado creyéndolo, á no haberte dejado momentos antes y á no estarte viendo en este instante.

—En efecto, tia, añadió Senen; es pasmosa la semejanza de esta señorita con mi hermana.

Guillermina, mirándolas á las dos, no pudo menos de esclamar:

—¡Es verdad!.... ¡Oh! ¡parece increíble! ¡nunca he visto tan exacto parecido!....

En tanto Renata seguía desmayada y con una herida en la cabeza, de la cual brotaba sangre en abundancia. En vano la prodigaban toda clase de auxilios; sus esfuerzos eran ineficaces para volverla á la vida.

—Y esta jóven, ¿con quién iba?... porque se hace necesario buscar á su familia, dijo Guillermina despues de un rato.

—No he visto á nadie; como su caballo venia desbocado, quedarían detrás los que indudablemente vendrían acompañándola; pues ella no iría sola.

—Es claro; á ver, Senen, haz que algunos criados averigüen quién acompañaba á esta señorita.

—Un servidor de V., dijo D. Severo presentándose en la sala.

—¡Cómo! ¡Usted, D. Severo!.... exclamó la jóven mirándole con asombro; pues aunque le conocia de mucho tiempo, ignoraba que tuviese con él niñas tan bellas.

—Sí, señora; es mi sobrina; pero, ¿ha muerto? ¡pobrecilla! ¡no pude contener su caballo!.... ¡Válgame Dios, qué desgracia!

Y el indigno fraile, al decir esto, se arrodilló delante del sofá, pulsando á la jóven y notando con profundo disgusto que aun vivía.

—He mandado buscar un médico; ¡cuánto tarda! dijo la de Mendoza volviendo á rociar con tierna solicitud el rostro de la enferma con agua y vinagre.

—¿Y no recuerda V., tia, que nuestro médico no está en Madrid?... exclamó Zoa.

—Y es verdad; no me acordaba; pero vendrá otro.

—Hágame V. el obsequio de que vayan á buscar al doctor Alonso, es amigo mio, y presentándole mi tarjeta, vendrá enseguida, dijo el conde.

—Al momento; Senen, encárgate tú de eso, repuso la de Mendoza.

—Será lo mejor; venga la tarjeta, señor conde: antes de media hora estoy aquí; ¿dónde vive? preguntó Senen.

—Calle de la Aduana, número 12.

—Hasta un momento, dijo saliendo precipitadamente y mandando á un criado que enganchase á toda prisa la berlina.

—¡No tardes, por Dios, hermano! le gritó Zoa.

—Ojalá me convirtiese en ave para volar, dijo el simpático jóven desapareciendo.

Don Severo le habia estado mirando; cuando salió, volvióse hácia Zoa, no escapándose á su penetracion el asombroso parecido de las dos jóvenes que los demás habian notado anteriormente.

Sin embargo, se calló sobre ello y continuó fingiendo un dolor que no sentia.

—¡Qué fatalidad!.... ¡era esta niña mi único consuelo, y la voy á perder!.... decia con hipócrita duelo.

—¡Oh! dadme vendajes; tráeme arnica y aquel frasco que hay en mi estante; la curaremos esta herida, en tanto que viene el médico; no se la puede dejar así, repuso Guillermina sentándose junto al sofá y colocando la cabeza de la jóven sobre su falda.

Zoa hizo lo que acababa de ordenar su tia, y luego, arrodillándose cerca de ella, fué presentándole los objetos pedidos.

—¿Esta niña es parienta de V.?.... preguntó D. Severo á la de Mendoza.

—Es sobrina, y hermana de ese jóven que ha ido en busca del médico, contestó aquella.

Zoa lloraba, encontrábase conmovida, temblorosa, sintiendo al mirar á la jóven enferma una opresion indefinible y angustiosa. Cogió sus manos y las besaba con tiernísimo cariño.

La mirada de tigre de fray Severo las confundió á las dos; la semejanza que en ellas hallaba, le hacía permanecer profundamente pensativo.

De pronto un ligero grito de Zoa le hizo volver á representar el papel que se habia impuesto.

—¡Oh! ¡ya vuelve!.... exclamó la niña con júbilo.

—¡Silencio! dijo Guillermina colocando la cabeza de Renata sobre la almohada; y vosotros salid.

Los criados, que aun permanecian en la estancia, al oír la ór-

den de su señora, se retiraron, quedando únicamente una doncella.

El conde, sentado en un extremo de la estancia, permanecía meditando; mucho le preocupaba la desgracia que tenían presente; pero preocupábanle mas las lágrimas que al entrar había sorprendido en los ojos de Guillermina.

Y le lastimaba mas que los dolores ocasionados por su caída, el ademán grave y magestuoso de su amada y aquella estudiada frialdad con que le trataba, procurando siempre evitar el encuentro de sus miradas.

Los dos se amaban y los dos estaban quejosos el uno del otro. Él tenía celos de Senen por lo presente, y de Lucas de Mendoza por el pasado; ella los tenía también de Zoa por el presente, y de Cristina Guanter por el pasado. Sus corazones sentían una pasión ardiente, profunda, sin que sus labios se la hubiesen confesado jamás.

La pobre Zoa, inocente y pura como un ángel, no sabía darse cuenta de sus impresiones; del mismo modo manifestaba al conde el interés que la inspiraba, que lo estaba en aquel momento manifestando por Renata.

Siguiendo un impulso de su corazón, se arrodilló junto á ella, y esperó llena de ansiedad á que volviese de su desmayo.

Renata abrió por fin los ojos; su primera mirada fué para Zoa. Al encontrarse sus ojos, como si una chispa magnética prendiese en sus corazones, así sintieron ellas un impulso irresistible, una simpatía poderosa que las hizo arrojar una en brazos de otra, murmurando á un tiempo:

—¡Ah! ¡Dios mio!.... mientras que sus corazones repetían:

—¡Hermana mia!....

Pero esta voz callada, este grito de la naturaleza no salió á sus labios, ni pudieron comunicársele, porque quedó oculto en el fondo de su pecho.

Un relámpago de odio brilló en los chispeantes ojos de D. Severo. También su corazón sintió un presentimiento horrible; sus ace-

lerados latidos le anunciaban un peligro desconocido, pero cierto é inminente.

Media hora habia transcurrido desde que Senen fué en busca del médico, cuando desde la ventana vieron á la berlina atravesar la huerta.

Instantes despues se detenia á la puerta de la quinta; Guillermina, conmovida, palpitante, tenia una mano de Renata entre las suyas; Zoa se habia apoderado de la otra.

Don Severo y el conde permanecian abismados en su pensamiento, cuando la puerta de la estancia se abrió, presentándose con im- pasible y frio ademán el médico negro.



## CAPÍTULO VIII.

### Mirada retrospectiva.



PARA que nuestros lectores comprendan lo que sentiria aquel hombre al presentarse por primera vez despues de quince años en su propia casa y delante de su muger, es necesario que dirijan una mirada retrospectiva á lo pasado.

Esto suponiendo que no habrán dejado de adivinar que el doctor Alonso y Lúcas de Mendoza, el esposo de Guillermina, eran una misma persona.

Recordarán sin duda alguna, que el dia 17 de Julio de 1834, el jóven capitán recién casado con Guillermina, comprometido ya de mucho antes en una conspiracion carlista, se arrancó de los brazos de su esposa para lanzarse con infausta ceguedad en los de una revolucion impía, cuyo término debia ser el cadalso ó el destierro para sus ilusos sectarios.

El complot fracasó; los conspiradores estaban perdidos, porque no faltó quien revelára sus nombres al gobierno. Entre ellos figuraba el de Lúcas de Mendoza como jefe de la sedicion.

De todas maneras su muerte era infalible, su deshonra cierta, porque no solamente habia sido conspirador, sino traidor á sus banderas, cubriendo de oprobio y de baldon el uniforme que vestia.

En tan cruel compromiso, se le ocurrió marcharse á las Provincias, reunirse á una partida de facciosos y salvar de aquel modo su amenazada existencia.

Hízolo en efecto así, disfrazándose con un traje diferente al suyo, que cuando estuvo fuera de la puerta de Bilbao, substituyó con el hábito de un religioso á quien habia visto morir casi á sus piés.

Encaminóse con premura á Fuencarral, con ánimo de substituir á un postillon de diligencias, marchando de aquel modo á su destino. Mas apenas hubo llegado al portazgo de Chamartin, le llamó la atencion una carretela de camino que estaba detenida fuera de la carretera y casi detrás del portazgo. Las portezuelas estaban cerradas y las persianas corridas, y sin embargo, los que iban dentro le conocieron, porque, bajándose una de las persianas, apareció en la ventanilla una cabeza juvenil y una blanca mano que le llamaba.

Lúcas vaciló unos momentos, decidiéndose inmediatamente que reconoció en la jóven que le llamaba á su prima Alejandrina.

Se acercó, y montando en el coche, se encontró con su prima y con fray Benigno. Éste se disponia á volver á Madrid, para lo cual tenia allí dispuesto un caballo.

Al ver al jóven capitán con hábito de fraile, exclamó Alejandrina:

—¿Qué disfraz es ese, primo mio? con él á duras penas he podido reconocerte.

Entonces les refirió su situacion y ellos la suya; diciéndole el asesinato del marqués y cómo habian resuelto marcharse al Brasil, invitándole para que los acompañase en igual de ingresar en la faccion.

No les costó mucho convencerle; Lúcas en aquella época era un muchacho impetuoso, sin reflexion ni un carácter firme para sostener sus decisiones, por lo cual convino con sus deseos, aprove-

chando la felicísima ocasion que se le presentaba como llovida del cielo.

Fray Benigno, antes de los acontecimientos del 17 de Julio, ya tenia preparado su viaje para la India, donde iba destinado á las misiones; debia acompañarle otro religioso, por lo cual estaban los dos preparados con los pasaportes y documentos necesarios, que guardaba fray Benigno: pero habiendo sido aquel uno de los primeros que sacrificaron las turbas en el convento de San Francisco el Grande, quedó su puesto vacante, que á Lúcas de Mendoza le vino perfectísimamente el ocupar.

Conviniéronse en efecto, y mientras fray Benigno volvió á Madrid con objeto de salvar de la muerte á los hijos de Alvarez Leal, Alejandrina y su primo continuaron su marcha hácia Fuencarral, donde le esperaron, reuniéndoseles por la noche despues de haber dejado á Guillermina los niños y la carta de su esposo que ya conocen nuestros lectores. Siguieron sin tropiezo alguno hasta Bilbao, donde se embarcaron para Rio-Janeiro.

Cuando llegaron allí, Alejandrina se presentó al apoderado general de su padre, siendo por él reconocida y puesta en posesion de los inmensos bienes que poseian en aquel pais, y que á morir ella en España, hubieran pertenecido á la familia de su madre la condesa de Paraná, no teniendo por consiguiente intervencion ninguna en ellos los marqueses de Blancarosa. Y sin embargo, por ocultar á estos completamente su existencia, Alejandrina dejó su nombre, haciéndose siempre conocer por el de Blanca, con el título de su madre; el que tambien suprimió en España por no despertar las sospechas de D. Alvaro.

Fray Benigno no podia detenerse en Rio-Janeiro, partió para la India en cumplimiento de su deber, y dejó á la niña bajo la custodia de su primo, que se dedicó con ardor á completar su educacion, haciendo las veces de un tierno y cariñoso hermano.

Lúcas de Mendoza, al casarse con Guillermina, se dejó llevar de un movimiento irreflexivo, nunca de una pasion profunda; ligero y superficial en aquella época, no era capaz de abrigar un senti-

miento de esos que llenan el corazón y forman la felicidad ó la desgracia de toda la vida.

Sin el acontecimiento que los separó para siempre á los dos días de casados, hubieran sido ambos infelices, ella por amarle demasiado, y él por no corresponder á su amor, y porque el carácter dulce y tímido de Guillermina no era á propósito para subyugar el impetuoso, superficial y arrebatado de Lúcas.

En efecto, aquella frívola y ligera naturaleza necesitaba para fijarse, para convertirse en otro hombre, sufrir la contrariedad, los desengaños y las profundas amarguras por que pasó en el espacio de quince años.

Blanca, al llegar á Rio-Janeiro, tenia doce años escasos y ya poseía un carácter altivo, una energia indomable y una voluntad de acero.

Esto era lo que Lúcas necesitaba; ella le dominó por completo; siendo niña, le hizo respetar sus caprichos, le impuso órdenes y condiciones, que él aceptó sin hallar en sí mismo fuerza para combatirlos; siendo muger, le inspiró una pasión profunda; y sin pretenderlo, sin desearlo, halló á sus piés, encadenado por la simple atracción de su irresistible magia, aquel corazón antes frívolo y frío, devorado por un amor inmenso como el Océano, y ardiente como los volcanes del Etna.

Apenas se halló ausente de Guillermina y distraído por la variedad de escenas y de accidentes que se ofrecían continuamente á sus ojos, empezó por olvidarla; como la imágen de la abandonada y triste jóven no estaba grabada en el alma de su esposo, no tardó en borrarse. La impresion que sintiera por los lazos que los unieron, quedó reducida en él á un recuerdo pasajero.

Pasaron muchos años; Blanca, deseando conocer los países salvajes donde los religiosos franciscanos se hallaban estendiendo las sublimes doctrinas del Evangelio, manifestó deseos de seguir á fray Benigno, lo cual puso por obra inmediatamente, no siendo posible contrariarla, porque jamás retrocedía en sus decisiones.

En vano fué que su primo y el religioso la espusieran los peligros á que se esponía llevando á cabo su temerario empeño; pues

aquella naturaleza enérgica y generosa no hallaba mérito en las cosas fáciles, entusiasmándola profundamente todo lo grande, lo misterioso, lo desconocido.

¡Ah! ¿qué eran los peligros para ella..... cuando soñaba con alcanzar el imposible?....

Por eso se enamoró de una quimera; su corazon llegó á sentir una pasión escepcional, única...., era su bello ideal convertido en un sueño que jamás veria realizado; pero que no obstante inundó su alma y sus sentidos de una luz misteriosa y divina.

Fueron á la India; no es ocasion todavia de descubrir las escenas que allí tuvieron lugar. Estamos hablando de Lúcas de Mendoza; prosigamos con él.

No abandonó á su prima en las diferentes escursiones que hizo; con ella participó de los peligros, y volvió á Rio-Janeiro, donde le hemos visto en Santa Clara, dispuesto á suicidarse porque Blanca se volvia á Europa.

Mas tarde, cuando se encontró en Madrid, supo que tenia un hijo y permaneció impassible; supo que su muger estaba enamorada del conde del Olivo y le sucedió lo propio; para él continuaba Guillermina siendo lo mismo á una legua de distancia, que á seis mil. Nunca la habia amado, y la ausencia se la hizo indiferente.

No intentó verla, ni tampoco la casualidad se la presentó delante. Empero, este momento debia llegar y llegó.

Senen se encargó de conducirle al abandonado hogar; sin saberlo siquiera, ignorando los misterios que bajo la negra tez del médico se ocultaban, llegó á su casa reclamando su presencia en nombre del conde del Olivo.

Este caballero, que habia conocido en América, era amigo suyo, le debia favores y atenciones, y no pudo menos de ponerse en seguida á sus órdenes; si bien no supo á dónde se le conducia, hasta que sintió el carruaje rodar por las sombrías alamedas de la quinta de la Retama.

El que siempre estaba abismado en una meditacion profunda, que miraba con indiferencia cuanto le rodeaba, no encontrando ni

afecciones en la vida ni halagos en la naturaleza; no se tomaba jamás el trabajo de dirigir la palabra á las personas desconocidas que se atravesaban en su camino.

Así fué que ni una sola dirigió á Senen.

Llegaron á la quinta; á pesar de los quince años de ausencia, la reconoció. Allí junto al Jarama habia, cuando niño, jugado con Guillermina y con Blanca. Allí llegó á declarar á la *mugercita en miniatura*, como se complacia en llamarla, un amor que estaba muy lejos de sentir.

Allí, en fin, fué aceptado, y sin saber acaso lo que hacia, obedeciendo solo al grave compromiso que sobre sí tenia, se casó, para romper á los dos dias los lazos que indudablemente á seguir en ellos le hubieran hecho infeliz.

Por eso al reconocer la quinta que pertenecia á su esposa, se volvió hácia Senen, en el cual ni siquiera habia fijado antes una mirada, y le preguntó:

—¿Vive aquí el conde del Olivo?

—No, señor, contestó el jóven, admirado de que por fin rompiera el silencio el taciturno doctor.

—¿Pues no ha ido V. á llamarme de parte del conde?

—Efectivamente; y aquí le encontrará V.: pero esta quinta pertenece á la señora de Mendoza.

—¡Ah! exclamó el doctor, fijando, sin poderlo remediar, una penetrante mirada en el jóven.

Sabía que su hijo estaba viajando con fray Benigno, y no obstante, acaso llegó á cruzar por su mente la idea de si habria vuelto y sería el mismo que tenia en su presencia.

En este caso, á la vista de su hijo, debieron despertarse sus sentimientos paternales; pero no sucedió así; le miró con atencion sin estremecerse siquiera y le preguntó con su acostumbrada frialdad:

—¿Y V. pertenece á la familia de esta señora?

—Soy sobrino, contestó Senen.

El doctor calló, mas dijo para sus adentros:

—Sin duda este niño es el hijo de Alvarez Leal.

En esto llegaron á la puerta de la quinta, el carruaje se detuvo; no era tiempo de retroceder.

Lúcas de Mendoza comprendió demasiado tarde que se iba á ver en presencia de su muger.

No temió que le reconociese; su color le ponía á cubierto y las señales de una anticipada vejez muy marcadas en su rostro por los continuos padecimientos morales que habian amargado su existencia.

Al apearse, dirigió una mirada en torno suyo, y no fué dueño de contener un ligero estremecimiento. Todos los recuerdos de aquella época fatal, sus amores, sus placeres, su indigna traicion, que todavia le avergonzaba, las súplicas de su esposa, y las palabras de su agonizante madre, con la satírica burla de sus amigos, todo, todo, al encontrarse de nuevo en aquella casa, se presentó en su memoria como si el día anterior hubiese ocurrido.

¡Cuán agena estaba Guillermina de pensar que se iba á ver en presencia de aquel esposo cuyo recuerdo, á pesar de su indigna conducta, no pudo nunca hacer odioso! ¡Oh! precisamente llegaba cuando, cansada la infeliz de tan prolongada viudez, se dejó arrastrar por un amor irresistible; su corazon no pudo resistir el mágico atractivo de las virtudes del conde, y le amó con toda la fuerza de que era capaz su alma impresionable y tierna.

Su esposo estaba allí, á dos pasos; con una palabra hubiera roto el encanto que la fascinaba, y arrancando de su corazon el amor que sentia por el conde, se hubiera arrojado en sus brazos, perdonándole todos sus extravíos.

¡Alma noble y generosa!... nunca su sacrificio hubiera sido comprendido ni correspondido por el hombre que sentia en su pecho el gérmen de una pasion tan indestructible como imposible de satisfacer!...

